

SAUL LANDAU

# Un golpe sin profesionalidad

*El 15 de abril, en la cadena de televisión CNN en español se preguntó a un “experto” venezolano por qué había fallado el golpe. “Por falta de profesionalidad”, respondió ampulosamente. Pensé que se referiría a la falta de experiencia del subsecretario de Estado, Otto Reich, para organizar esos asuntos. Reich posee amplia experiencia como profesional de la mentira y de la distorsión informativa, y en conspirar con terroristas, pero no mucha en organizar golpes.*

Pensé que quizá el experto quería decir que la CIA y el Pentágono se habían servido de un equipo de novatos. Pero como la CNN le identificó como profesor, me pregunté si el experto querría decir que los conspiradores deberían haber obtenido sus doctorados en preparación de golpes en la Escuela de las Américas de Fort Benning, antes de emprender su tortuosa tarea en Caracas. Los oficiales militares latinoamericanos se hacen acreedores a realizar tales estudios de posgrado si obtienen un promedio de sobresaliente en sus cursos sobre la tortura.

Otros “analistas” de la CNN profirieron profundas frases como “esto debería enseñar a Chávez a no excluir a las minorías”, o “la paciencia del pueblo se agotó frente a sus métodos autoritarios”.

El uso de eufemismos, como “minorías”, se refiere, naturalmente, a los superacaudalados. Que el pueblo pierda la “paciencia” quiere decir que los millonarios venezolanos y el grupo de la Seguridad Nacional en Washington estaban hartos de la heterodoxia de Chávez en auxilio de los pobres, quienes, desafortunadamente, siempre están con nosotros.

Los medios informativos alcanzaron los máximos niveles de información distorsionada en lo relacionado con el golpe de Caracas. No obstante, durante los pocos días transcurridos antes de que la prensa “prestigiosa” tuviera que admitir que sus informes, comentarios y editoriales no coincidían con la realidad venezolana, yo, como otros muchos millones en el mundo, fui presa de la desesperación, la depresión y la ira. Exceptuando *La Jornada* de México y la prensa cubana, que se refirieron a un golpe de Estado, el resto aceptó la línea de que el presidente elegido, Hugo Chávez, había dimitido a causa de la legítima autoridad ejercida por una poderosa alianza cívico-militar.

Saul Landau es investigador del Institute For Policy Studies, Washington D.C.

Traducción y adaptación:  
Alberto Piris

Es verdad que algunos cínicos habían predicho el golpe el mismo día que los venezolanos eligieron presidente a Hugo Chávez, en 1998, por abrumadora mayoría. Al invocar la “Revolución Bolivariana”, que revivía la imagen del Libertador de Latinoamérica, Chávez puso en marcha la guerra de clases contra la pequeña pandilla que ha exigido la parte del león en la riqueza venezolana y en el control de los partidos políticos. Esta pandilla ha gobernado (ha expoliado) el país durante más de cuatro decenios.

Antes de que Chávez impusiera una nueva Constitución en 2000, él y las fuerzas populares ganaron varias elecciones. Los ricos y corrompidos, derrotados en las urnas, comenzaron a tachar a Chávez de antidemócrata. Se autodenominaron “sociedad civil”, agruparon a algunos selectos dirigentes sindicales, grupos de empresarios, algunos sectores de la Iglesia y, por supuesto, a los propietarios de las televisiones, para intentar presentar a Chávez, no como el presidente elegido, sino como un dictador, probablemente comunista y, con certeza, amigo de los terroristas.

Es cierto que la popularidad de Chávez había descendido desde más de un 75% a menos del 50%, según las encuestas habituales. Pero los analistas no sabían si esta caída se debía a la lentitud en aplicar algunas reformas prometidas, relacionadas con la mejora de los pobres, o a la presión mediática que le describía día tras día con tintes negativos.

Los escépticos repitieron el dogma de que EEUU no admitiría otro caso de flagrante desobediencia en el hemisferio occidental. La Cuba de Fidel Castro, en el *Libro Guinness de los Récords* por sus más de 43 años de desobediencia, había enseñado al grupo de la Seguridad Nacional en Washington una lección: no más comportamientos maliciosos en nuestro ámbito de influencia, sea a la derecha, al centro o a la izquierda.

Conviene recordar que los ultrarreaccionarios, como el presidente de la República Dominicana Leónidas Trujillo, los reformistas moderados, como João Goulart en Brasil, y, naturalmente, los radicales, desde Salvador Allende en Chile a los sandinistas de Nicaragua, fueron víctimas del departamento de castigos de la CIA. Las tácticas secretas han incluido asesinatos, golpes, desestabilización económica y guerra psicológica; se las puede llamar terrorismo de Estado. En el caso de Manuel Noriega, agente de la CIA y de la DEA (la agencia antidroga) que se volvió desobediente, el presidente Bush padre puso en acción la más cara operación de arresto conocida en el mundo.

## **Intervenciones estadounidenses**

Los modos de actuar de la CIA para derribar Gobiernos populares incluyen también intentos de influir en los medios de comunicación. Cuando en 1970 rodaba una película en Chile, fui testigo de parte de la operación “desestabilizadora” que comenzó incluso antes de que Salvador Allende hubiera ganado en septiembre de aquel año. Tras las elecciones, mientras la CIA preparaba operaciones para impedir la investidura de Allende, yo visitaba de cuando en cuando el bar del Hotel Carrera de Santiago. Era inevitable que chilenos bien vestidos susurraran que

Allende tenía una sífilis avanzada. Otros decían confidencialmente que era homosexual, un instrumento sexual de Castro, un esclavo amoroso de Brezhnev, empeñado en poner a Chile bajo el dominio de Moscú.

Casi me hacía reír la tosquedad de los dibujos anti-Allende en la prensa de la derecha (que controlaba la mayoría de los medios chilenos). Observé una campaña de violencia planificada, que comenzó en octubre de 1970 con el asesinato del Jefe del Ejército, el general René Schneider, por la banda fascista Patria y Libertad, al servicio de la CIA. La “desestabilización” continuó durante los tres años de Allende, sobornando a algunos dirigentes sindicales para que convocaran huelgas en sectores estratégicos, y poniendo a Chile en dificultades económicas. Sobre todo, persistía el bombardeo diario de mentiras y distorsión sobre la naturaleza del Gobierno de Allende y su programa, que pretendía mejorar la suerte de los trabajadores pobres, urbanos y rurales, mediante legislación aprobada bajo la Constitución vigente.

Cuando fracasaron las diversas tácticas combinadas, los militares chilenos recurrieron a un sangriento golpe. La Marina de EEUU jugó un papel crucial, vigilando el tráfico emitido desde las bases militares para garantizar que los golpistas pudieran deshacerse con facilidad de los leales a Allende.

Para muchos chilenos el 11 de septiembre de 1973 es semejante al 11 de septiembre de 2001 para los estadounidenses. La Aviación chilena disparó cohetes contra el edificio presidencial y los tanques hicieron saltar el venerable edificio mientras las tropas ponían cerco al símbolo del Gobierno democrático y siguieron después con una campaña basada en el terror: asesinatos, secuestros, torturas y exilio para sus oponentes políticos, con el apoyo de Washington. Tras diecisiete años de fascismo pinochetista, murieron más de 3000 chilenos a manos de los terroristas que Washington había ayudado a instalar en el Gobierno.

En 1976, y de nuevo en 1980, rodando en Jamaica, volví a tener una experiencia ya conocida en el bar del Hotel Pegaso, en Kingston. El primer ministro, Michael Manley —me dijo un empresario jamaicano— era homosexual, un lacayo de Castro y agonizaba de una enfermedad venérea. Los artículos que había leído unos años antes en español en *El Mercurio* y otros diarios sensacionalistas chilenos, empezaron a aparecer en inglés en el *Daily Gleaner* de Kingston. Ahora surgían la violencia, los disturbios laborales, los rumores, las fugas de capital y todos los rasgos de la operación chilena en Jamaica. En su primer mandato, Manley se hizo querer por los pobres, tuvo amistad con Castro, su vecino, sostuvo los derechos del Tercer Mundo y rechazó las condiciones que las agencias financieras multilaterales trataban de imponer a Jamaica. Tampoco atendió la orden del secretario de Estado, Henry Kissinger, de condenar a Cuba por enviar tropas a Angola en 1975. Más aún, Manley apoyó la decisión cubana. Pagó por su comportamiento independiente.

Recuerdo estar sentado con Manley en julio de 1980, cuando unos agentes de policía le informaron de que acababan de desmontar un intento de asesinato. Manley perdió las elecciones de 1980, en una atmósfera de miedo y violencia creada por la campaña de la CIA para “desestabilizar” su Gobierno. Había intentado seguir un rumbo independiente, separar a Jamaica de los dictados de los misioneros del comercio libre de las agencias de préstamo y del Tesoro de

*Para muchos  
chilenos el 11 de  
septiembre de  
1973 es  
semejante al 11  
de septiembre de  
2001 para los  
estadounidenses*

EEUU. Como Allende, había legislado para ayudar a los pobres y para promover un desarrollo sano y no dependiente. Los jamaicanos temían que, de ganar él, aumentaría la violencia y la desestabilización. Algunos seguidores de Manley me confesaron que habían votado contra él, porque temían que su victoria trajese más violencia, y algunos creían que la CIA asesinaría sin duda a Joshua, como le llamaban sus adictos.

Visité en 1981 a una amiga que trabajaba en la Embajada de EEUU en Jamaica, quien me dijo que la noche de las elecciones, después de que Manley hubiera aceptado la derrota ante Edwar Seaga, el candidato apoyado por la CIA, el jefe de local de la Agencia había invitado al personal de la Embajada a un cóctel. Abrió una enorme caja acorazada, en cuyas paredes había pegado centenares de artículos, editoriales y viñetas publicadas en la prensa jamaicana y escritas por personal de la CIA o sugeridas por la Agencia.

Los sandinistas nicaragüenses sufrieron un decenio de guerra no declarada por Washington, lo que les costó las elecciones de 1990 y, al pueblo de Nicaragua, la pérdida de alrededor de 50.000 vidas en una guerra terrorista en la que los criminales de los más altos cargos de EEUU eludieron las disposiciones del Congreso para abastecer a un ejército mercenario.

Por todo lo anterior, cuando el 12 de abril leí que el presidente de Venezuela, Hugo Chávez, había “dimitido”, sentí el impacto de lo ya conocido, sin sorpresa. Durante dos años, Washington había venido apoyando a los grupos anti Chávez. Incluso aparecieron en EEUU organizaciones para proteger y defender la democracia venezolana, lo que ya de por sí hacía levantar sospechas. Cuando los medios de comunicación de EEUU y de sus aliados publican sistemáticamente artículos negativos sobre Chávez, ignorando sus progresos, las sospechas se hacen más intensas.

¿Cuántos estadounidenses sabían que Chávez había ofrecido una Constitución democrática, prevista para arrebatar el poder institucional a los corrompidos partidos políticos tradicionales, que venían repartiéndose el poder durante decenios? ¿Cuántos eran conscientes de sus reformas agrarias, que favorecían a los pequeños campesinos desprovistos de tierra?

Apenas se publicó ningún artículo apoyando sus enérgicos programas ambientales. Tampoco recibió atención en la prensa su campaña contra la corrupción, la repugnante institución que ha visto cómo las clases venezolanas de la política y los negocios han robado fortunas enteras a los pobres. Al revés que sus turbios predecesores, Chávez invirtió en educación para los pobres e intentó aumentar su participación en la riqueza. Muy en contra de sus depredadores antecesores, se esforzó en obtener más ingresos por el petróleo para Venezuela y, con una posición dura ante la Organización de los Países Exportadores de Petróleo (OPEP), logró aumentar sus ingresos. Chávez también cometió la herejía de oponerse al orden establecido por el mercado libre. Hizo pecar al Gobierno para promover el empleo y ofrecer créditos a los pobres y a las mujeres. Pisoteó a los ricos cuando insistió en que pagasen impuestos.

Pero la imagen que los medios de comunicación respetables daban de Chávez, le hacía aparecer como algo entre un fascista populista y un dictador comunista que gobernaba porque adoraba el poder y practicaba una extremada

censura. Las feministas occidentales apenas advirtieron los nombramientos de muchas mujeres en puestos de importancia. El estereotipo en EEUU y en los medios serviles era que Chávez era otro utópico loco por el poder, que estaba destruyendo la economía de su país.

Entonces se produjo el golpe, mostrado como un movimiento democrático para restablecer la democracia y la cordura, y evitar una guerra de clases sangrienta e inminente. Los demócratas, como los ejecutivos de la compañía estatal de petróleo y sus bien pagados dirigentes sindicales, los directivos de las federaciones de empresarios, los eclesiásticos más rígidos y, naturalmente, los medios de comunicación, se declararon a sí mismos como constituyentes de la sociedad civil y, como tal, se unieron a los “buenos” militares para salvar la democracia.

El 11 de abril, las clases pudientes, respaldadas por Washington, movilizaron 200.000 personas que, en nombre de la democracia, defendían la integridad de la compañía venezolana de petróleo, la PDVSA, cuyo equipo directivo había sido disuelto por Chávez por su incapacidad para utilizar los ingresos de forma equitativa para los venezolanos más pobres. Con anterioridad, los medios de comunicación habían difundido anuncios incesantes sobre la marcha inminente, y utilizando todos los recursos de contactos personales y presión social se logró una masiva manifestación de enemigos de Chávez. Esta minoría, representante del viejo y corrupto orden, la actual estructura de clases, desfiló durante horas por las animadas calles de Caracas.

Los dirigentes de la manifestación se desviaron del itinerario previsto para enfrentarse a unos pocos millares de seguidores de Chávez, que se habían reunido frente al Palacio Presidencial. Era previsible que el choque llegase a ser físico. Hubo disparos procedentes de la policía, de los manifestantes y de los seguidores de Chávez. Tiradores situados en los edificios abrieron fuego sobre la multitud. Murieron personas.

Se puso en práctica el plan concebido por los conspiradores, con pleno conocimiento, al menos, de las más altas autoridades de Washington. Los militares detuvieron a Chávez. Aparentemente nombraron a Pedro Carmona, el dirigente empresarial, como presidente provisional y los medios de comunicación fielmente informaron de los hechos como si la democracia estuviera siendo restaurada, en vez de destruida. Cuando la presentadora de la CNN entrevistó a Carmona, evitó preguntarle por lo más evidente: “El pueblo venezolano eligió a Chávez: ¿en virtud de qué autoridad es usted el presidente?”

Cuando centenares de miles de seguidores de Chávez salieron a las calles y, a diferencia de lo que ocurrió en Chile, las unidades militares fueron fieles al presidente elegido, el golpe se deshizo. ¡Verdaderamente, fue falta de profesionalidad! La gente que había votado por su presidente decidió que los adinerados y los intervencionistas de Washington no habrían de alterar su destino, como ya habían hecho con tantos otros pueblos latinoamericanos.

Restaurado en la Presidencia, Chávez expuso sus opiniones sobre los medios de comunicación y los subterfugios diplomáticos. Pudo estarse refiriendo a Otto Reich: “Esto no es nada nuevo si ustedes entienden que ellos están imitando a Goebbels, que en tiempos de Adolfo Hitler tenía la misión de repetir las mentiras hasta que parecieran verdades”.

*El estereotipo  
en EEUU y  
en los medios  
serviles era  
que Chávez  
era otro  
utópico loco  
por el poder,  
que estaba  
destruyendo  
la economía  
de su país*

Me parece adecuado que, de ahora en adelante, cuando Reich o los suyos mencionen la palabra “democracia” en una conferencia de prensa, los informadores avezados deberían mostrar audiblemente su desprecio y desacuerdo más profundos.